

Eloísa y las niñas toman un helado **(2024): *Wendy unchained***



Gabriela Ditisheim, gran protagonista de *Eloísa y las niñas toman un helado*

Dentro de la filmografía, de por sí sorprendente, de Gonzalo García-Pelayo, hay algunos títulos que son, incluso, llamativamente (al menos en principio), inclasificables dentro de su trayectoria. Pienso, especialmente, en *Niñas* (2014) y *Copla* (2015), dos películas separadas entre sí, como pueden ver, solo por un año y que se mueven en polos estéticos completamente opuestos pero (eso sí) dentro de una misma línea temática: la feminidad, aunque en diferentes momentos y edades. En una entrevista que realicé al director y que se publicó en la revista digital *Moon Magazine* el 3 de noviembre de 2017¹, ante mi pregunta sobre la trilogía formada por *Niñas*, *Niñas 2* y *Mujeres heridas*, su respuesta fue: “Yo decía que *Niñas* iba a ser una película muy impresionista, como también lo es *Niñas 2*. Iba a hacer una película muy impresionista, *Niñas*, y una película muy expresionista, *Copla*. El impresionismo no debe tener ideas, no debe tener finalidad... Me atengo a ese comentario que me hicieron en Viena sobre que la cámara parecía que estaba allí por casualidad. Por una parte, no es tan casualidad. Pero, por otro, sí me gusta que sea casualidad. **Cuando tú buscas las cosas, estás en el sentido de lo ascético. Yo tengo mucha más tendencia a lo místico, cosas que tú no buscas, cosas que encuentras sin buscar...** Eso, sobre todo, sucede en *Niñas*. Las niñas no hacen nada por su propio valor, lo hacen porque sí.

¹ *Gonzalo García-Pelayo: Alegría, libertad y la mujer revelada/rebelada:* <https://www.moonmagazine.info/gonzalo-garcia-pelayo-mujer/>.

Las niñas están tocadas por la gracia, como sucedía en *Rocío y José* («dos llenos de gracia están tocados por la gracia»), lo cual es un tema que está muy presente en mi cine: el toque de la gracia, algo que también está en Rossellini. El que las niñas estén tocadas por la gracia no es ningún mérito de ellas. **Pero es que así me gustaría que siguiera siendo hasta el final.** En *Niñas 2*, las actrices son más conscientes y, si tienen algún mérito, es de ellas. Y en *Mujeres heridas*, pasa lo mismo: son lo que, de un modo natural, son ellas. Por eso transmiten esa sensación de naturalidad” (las negritas son mías). Frente a *Niñas*, en *Copla* hay dos cantantes protagonistas (Mayka Romero y Rocío Durán), esto es, hablamos de mujeres en su edad adulta, y su forma de retratarlas está tan alejada de cualquier cliché o mixtificación artificiosa que, según me dijo Gonzalo García-Pelayo en la entrevista antes indicada, “(Paulino) Viotá me comentó, en el cine-fórum que hubo después de la proyección de *Copla*, de que era la primera vez que veía mujeres en el cine [*mujeres REALES hay que entender*]. En la película, hay sitio para que ellas demuestren que son mujeres. Eso ya pasaba en *Manuela*. Lo que allí tenía peso era que no se trataba de mostrar a Charo López interpretando a una mujer sino que se mostraba a Charo López como mujer. Y eso llega hasta *Mujeres heridas*”. Podemos apreciar que, dentro de los extremos opuestos en los que se mueven ambos títulos, sí que comparten un afán de mostrar una realidad (en este caso, la femenina) tal cual es, sin incurrir ni en tópicos ni falsificaciones. Y, para ello, la actitud no es la de conocer de antemano qué se va a mostrar sino imbuirse, según las propias palabras del cineasta, en una actitud ascética de búsqueda.



Algunas de las jóvenes actrices que participan en *Eloísa y las niñas toman un helado*

Todo lo anterior viene a colación de que en la séptima entrega de la nueva serie de películas de Gonzalo García-Pelayo (sexta del “Heptamerón de Buenos Aires”), *Eloísa y las niñas toman un helado*, el director retoma la idea de *Niñas* y somos testigos durante algo más de una

hora de las vivencias de unas chicas en su edad infantil, con el mismo espíritu impresionista con que fue filmada la película original. Pero, sin embargo, hay un matiz crucial y decisivo en el nuevo film: el personaje interpretado por Gabriela Ditisheim, la actriz que interpretó al inolvidable personaje de Luján en *Terminal Young* de Lucía Seles (de hecho, casi todos los personajes de esta película acaban resultando inolvidables), y que aquí, en un registro similar, traza una magnífica caracterización de una mujer que, estando en la edad adulta, aún conserva muchos rasgos de inocencia, curiosidad y espontaneidad de la infancia. Viene a ser, por tanto, alguien que está entre dos mundos, entre dos edades, y que, de este modo, se convierte en la cicerone perfecta para conducirnos por este viaje por una etapa de la vida en que un cierto concepto de pureza, esa apertura al efecto de la “gracia”, está siempre presente y permite contemplar el mundo de una manera que nunca jamás experimentaremos con posterioridad. Es así que el personaje de Gabriela Ditisheim está dominado por una cierta añoranza de esa época de la vida, algo que se deja traslucir en su amor por los caballos y en determinados momentos en los que no puede evitar que cierta zozobra asome en su rostro. Tal vez por ello, su sueño es poder abrir una tienda de ropa cerca del mar, como si esa fuera la promesa para poder llegar a encajar en un mundo del que no llega a estar del todo satisfecha.



Su amor por los caballos es un rasgo fundamental del personaje interpretado por Gabriela Ditisheim

Tanto *Niñas* como *Eloísa y las niñas toman un helado* comparten (además de su desenlace, con ese bebé niño que irrumpe en el que ha sido un mundo estrictamente femenino, quizás como hito que marca un antes y un después en el devenir de ese mundo) ese espíritu aparentemente anárquico en el que las escenas se suceden sin un hilo narrativo preciso y en las que no parece suceder nada pero en las que es crucial esa mirada ascética que busca

captar lo inefable, lo inaprehensible, aquello que es escurridizo pero que flota en el aire, en los gestos, en las conversaciones y en los movimientos, aquello que va a perderse irremisiblemente pero que siempre se va a anhelar y que siempre se va a ansiar recuperar de algún modo porque representa estar en armonía con uno mismo y con el mundo, poder hacer cualquier tarea (sea dibujar, hablar con las amigas, tocar música, escuchar música o tomar un helado) y que puedas concentrarte tanto en la misma, como si de ella dependiera que siguiera girando todo el universo, que ninguna otra cosa pueda haber que te distraiga o te perturbe o que sea más importante que aquello que te mantiene absorbido y extasiado. Hay un momento fuertemente simbólico en *Eloísa y las niñas toman un helado* y es cuando la protagonista visita la Capilla de la Virgen Niña, un momento que se convierte tanto en el centro emocional de la película como en un eslabón con buena parte de la filmografía del director. Si la Virgen María, según la doctrina católica, es la que “está llena de gracia” y, a su vez, se representa siendo niña, por lo que posee, además, la gracia propia de la edad infantil, el lugar al que acude la protagonista es un templo de la gracia en su máxima expresión, un punto que concentra en elevada potencia aquello que se persigue y que la película busca retratar. Por otro lado, esa presencia de la divinidad femenina es algo que ya pudimos ver en muchos de sus films anteriores, especialmente en *Rocío y José* y *Así se rodó Carne Quebrada* y que representa la sublimación del tema de la mujer, una de las grandes inquietudes de su cine. Por lo tanto, dentro de la aparente frescura y ligereza de la película, late un complejo sentimiento que es, simultáneamente, de plenitud (por ser testigos de la “gracia” actuando con todo su potencial y esplendor), de anhelo (por desear que siempre se mantenga vivo aquello que nos hace felices) y de pérdida (por la consciencia de que hay algo que se perderá y que, tal vez, no pueda ser recuperado).



Momento de *Eloísa y las niñas toman un helado* en el que la protagonista visita la Capilla de la Virgen Niña, escena esencial de la película

En función de lo que hemos dicho del carácter impresionista de *Eloísa y las niñas toman un helado*, toda su planificación visual y narrativa y todas las interpretaciones están concebidas como un ejercicio grácil e ingrátido en el que todo el entramado cinematográfico se vuelve invisible, de modo que el metraje avanza como si dicho entramado pareciera no existir. Hay una escena, por ejemplo, en la que la protagonista está con su madre, en casa de esta, y con su sobrina y en la que la cámara está, como por “casualidad”, detrás de las hojas de una planta. El objetivo de dicha cámara enfoca a través del único hueco que existe entre esas hojas, de modo que se obtiene una maravillosa toma en la que vemos a la protagonista, a su madre y a su sobrina como rodeadas de una especie de corona verde. Es un ejemplo entre muchos de que el propósito es “encontrar” desde el mínimo grado de formalismo posible, de que se pretende hallar un orden prescindiendo de cualquier tipo de estructura previa, de que se desea encontrar la armonía sin tener una idea preconcebida de cómo debería ser esa armonía, de que el director busca posicionarse en la misma perspectiva en que se sitúan las niñas protagonistas para conseguir el hallazgo deslumbrante desde la más absoluta ausencia de pretensiones, es decir, algo así como la búsqueda de la belleza artística y de la verdad emocional en la más llana cotidianidad de un modo similar a como siempre lo hacía Yasujiro Ozu, uno de los directores predilectos de Gonzalo García-Pelayo.



La cámara, colocada como por “casualidad” detrás de las hojas de una planta, pero que logra hallar un maravilloso y expresivo encuadre

Al igual que pasó con la serie de “El año de las 10 + 1 películas”, ahora, con la de “Otro año, diez más”, conforme avanzamos en los títulos que la conforman, vamos apreciando que el conjunto de los films construye una mirada omnicomprensiva sobre la vida y la realidad. Aunque, en muchas ocasiones, las películas pueden despistarnos con su solo aparente ligereza, en todas ellas existe una lúcida ambición intelectual y estética que es, a la

vez, expresión de una postura en relación a lo que podríamos denominar “espíritu de época” y afán por levantar una visión atemporal que trascienda el momento concreto en que los films han sido realizados, y, todo ello, dentro de una coherencia autoral que es una de las señas de identidad del director. Las películas integrantes de sus dos proyectos demuestran que, en función de los avances técnicos disponibles, existe la posibilidad de hacer un cine independiente que no maneje grandes presupuestos y que, a la vez, esté alejado de planteamientos huecos y banales. Gonzalo García-Pelayo ha realizado su elección y ello, por sí mismo, supone un envite y una referencia para otros creadores audiovisuales. La magnitud de su propuesta adquiere ya una dimensión que invita a pensar que cualquier postura de indiferencia respecto a ella respondería más a una ignorancia deliberada que al intento serio de realizar una valoración rigurosa. Quienes la hemos seguido desde sus comienzos, no nos arrepentimos en absoluto de ello.



Gabriela Ditisheim y Sofía Clausen en un momento de *Eloísa y las niñas toman un helado*